

Preguntas de Reflexión

- Como alguien que creció en un hogar disfuncional, ¿cómo te identificas con la imagen del “fruto dañado”?
- ¿Qué enseña el acto de Naamán al sumergirse en el Jordán sobre la entrega del control?
- ¿Cómo te ayuda a mantenerte fiel a tu recuperación y camino de sanación la práctica de la gratitud?

Bienvenido a Católicos en Recuperación

Estamos agradecidos de que seas parte de nuestra comunidad y te animamos a que sigas regresando

- Visita catholicinrecovery.com para ver una lista completa de reuniones disponibles, recursos de recuperación e información sobre cómo comenzar
- Te pedimos paciencia mientras traducimos más recursos y materiales al español
- Ten la seguridad de que tu participación y presencia en estas reuniones se mantendrán confidenciales.
- ¡Eres digno de libertad, una vida nueva y recuperación!

Lecturas Dominicales

Primera Lectura: 2 Reyes 5, 14-17

Salmo Responsorial: Salmo 98, 1, 2-3, 3-4

Segunda Lectura: 2 Timoteo 2, 8-13

Evangelio: Lucas 17, 11-19

Vigésimo Octavo Domingo del Tiempo Ordinario



San Francisco de Sales ofrece una imagen que, como hijos adultos de hogares disfuncionales, nos resuena profundamente:

"Mientras los frutos no estén dañados, pueden conservarse, algunos en paja, otros en arena y otros en sus propias hojas; pero una vez que están magullados, es casi imposible mantenerlos sino en conserva con miel y azúcar: de la misma manera, la pureza que nunca ha sido herida o vulnerada puede mantenerse de muchas maneras, pero una vez que ha sido dañada, nada puede conservarla sino una excelente devoción, que, como he dicho a menudo, es la verdadera miel y azúcar espiritual" (*Introducción a la Vida Devota*, Parte III, Capítulo 12. Traducción de la versión en inglés).

Nuestro “daño” se presentó a temprana edad, por medio del abandono, la incongruencia y las relaciones rotas. Desarrollamos mecanismos de afrontamiento para sobrevivir, pero estos frecuentemente nos dejaron ansiosos, avergonzados y alejados. Como frutos dañados, no podemos conservarnos a nosotros mismos por el simple esfuerzo. Sólo la devoción a Dios, la miel de su gracia puede dar la sanación real.

La literatura sobre la recuperación describe esta misma impotencia: en cierto punto, nuestros mejores esfuerzos fueron “absolutamente infructuosos” (Alcohólicos Anónimos, p. 24). Necesitamos la ayuda de Dios para movernos de la supervivencia hacia la libertad.

La primera lectura de este domingo refleja nuestra necesidad de rendición (2 Reyes 5, 14-15):

*Naamán entonces bajó y se sumergió siete veces en el Jordán,
Tal y como le había dicho Eliseo.
Su piel se puso suave como la de un niño
y quedó limpio.
Entonces Naamán regresó al hombre de Dios con toda su gente.
Entró y le dijo: “Ahora sé que no hay en el mundo otro Dios
que el de Israel.
Te pido que aceptes estos regalos de parte de tu servidor.”*

Como Naamán, nos resistimos en un inicio, convencidos de que podíamos componernos nosotros mismos. Pero la sanación llega cuando nos sumergimos en la misericordia de Dios. Cada Paso hacia la honestidad, la rendición y el perdón nos inmersa en Su gracia y restaura nuestra identidad infantil.

Algunos de nosotros aceptamos rápidamente nuestra impotencia. Otros, deambulamos por años, agobiados por el temor y la disfunción, antes de percatarnos de que necesitamos el cuidado de Dios. En cualquier caso, la sanación sólo llega por medio de la rendición.

En el Evangelio de este domingo, diez leprosos son curados, pero sólo uno regresa en gratitud (Lucas 17, 11-19):

*Uno de ellos, al verse sano, volvió de inmediato.
Llegó alabando a Dios en alta voz;
y echándose a los pies de Jesús, con el rostro en la tierra, le daba gracias.
Era un samaritano.
Jesús entonces pregunta: “¿No sanaron los diez?
¿Dónde están los otros nueve?
¿El único que ha vuelto a alabar a Dios, ha sido este extranjero?”
En seguida dijo al hombre: “Levántate y vete,
tu fe te ha salvado.”*

Nuestra recuperación se intensifica cuando vivimos con gratitud. Puede ser que nunca borremos las heridas de nuestro pasado, pero la fe y el agradecimiento las transforman en fuentes de sabiduría y compasión. La gratitud conserva la sanación que Dios nos da y evita que regresemos a los viejos roles familiares. Cuando compartimos nuestra historia con honestidad y con frecuencia regresamos con agradecimiento a Dios, encontramos la libertad no sólo para nosotros sino para quienes motivamos en el camino.